Estados Unidos y su política de contención a China

Alfredo Toro Hardy
Geneva school of diplomacy and international relations
Ginebra - Suiza
had@hotmail.com

DOI: https://doi.org/10.53766/HumSur/2022.32.02

Resumen

Confrontado al reto chino, EEUU recurre a su más exitosa política frente a la URSS: La contención. Las circunstancias son sin embargo disímiles. La preponderancia económica estadounidense forzó a la URSS a convertirse en una economía híper-militarizada, conduciéndola finalmente a la bancarrota. China está a corta distancia de la primacía económica, lo que colocaría a EEUU en una competencia militar desventajosa. Más aún, desde comienzos de los cincuenta tanto el expansionismo soviético como la contención estadounidense se mudaron a zonas periféricas. La contención a China tiene lugar en un área estratégicamente prioritaria para ésta. Contener a China no luce realista.

Palabras clave: Estados Unidos, China, política exterior estadounidense, contención.

The US containment policy toward China

Abstract

Faced with the Chinese challenge, the US resorted to its most successful policy against the USSR: containment. The circumstances were different, however. US economic preponderance forced the USSR to become a hyper-militarized economy, eventually bankrupting it. China is within striking distance of economic primacy, which would put the US at a military disadvantage. Moreover, since the early 1950s, both Soviet expansionism and US containment have moved to peripheral areas. Containment of China takes place in an area of strategic priority for China. Containing China does not look realistic.

Keywords: United States, China, US foreign policy, containment.

Recibido: 7.1.22 / Evaluado: 18.1.22 / Aprobado: 29.1.22

1. Introducción: Pilar fundamental

El pilar fundamental de la política exterior de Estados Unidos frente a la Unión Soviética, en tiempos de la Guerra Fría, fue su política de la contención. Una política que evidenció contradicciones y fallas en su ejecución pero que, a no dudarlo, resultó extraordinariamente exitosa en lograr el objetivo que se había planteado desde su incepción. El padre de dicha política, George Kennan, definió en su obra *The sources of soviet conduct* el propósito final de la misma: Contener la fuerza expansiva del poder soviético hasta el momento en que los problemas domésticos dentro de la Unión Soviética forzaran un cambio político, así como propiciar la separación de sus satélites europeos de la órbita de Moscú. En efecto, la estrategia de la contención se sustentaba en la predicción de que la Unión Soviética terminaría por hacer implosión, pues llevaba dentro de sí el germen de su propia destrucción. Oponerse de manera paciente, sistemática y firme a sus impulsos expansionistas, hasta que ese momento llegara, constituía así la esencia de esta política. Pocas veces en la historia un propósito político fue alcanzado de manera tan espectacular (Campbell & Sullivan, 2019; Saull, 2018, p.93; Herring, 2008, p.38).

2. El arma más exitosa del viejo arsenal

Nada más natural, por tanto, que ante el emerger de una nueva Guerra Fría con China, Washington recurra a la que fue su arma más exitosa dentro del arsenal de su política exterior: la política de la contención. Desde el primer período de Barak Obama, Estados Unidos ha evidenciado una clara consistencia de propósito en su objetivo de contener a China. Aun careciendo de un mapa de ruta articulado en relación a este propósito, Obama, Trump y Biden han seguido la misma dirección. Tal como señalaba Kishore Mahbubani, dos pensadores estratégicos estadounidenses como Henry Kissinger y Fareed Zakaria, que rara vez comparten las mismas opiniones, coinciden en que la política exterior estadounidense carece de un plan maestro en relación a China (Mahbubani, 2020, p.49).

Aunque este sea efectivamente el caso, el simple hecho de que durante tres administraciones presidenciales sucesivas se haya perseguido el objetivo de contener a China es, en sí mismo, un logro altamente significativo en una sociedad tan fracturada como la estadounidense. Sin embargo, la consistencia en el propósito, aun habiendo resultado fundamental en relación a la Unión Soviética, es en sí misma insuficiente para prevalecer frente a

China. Para empezar, nada parece indicar que un elemento que estuvo presente en la contención a la Unión Soviética se reproduzca en relación a China: la premisa de que dicho régimen llevaba dentro de sí el germen de su propia destrucción. Luego, tal como visto, la política de contención a China requeriría de una articulación estratégica que aún está faltando. Más allá de esos factores, no obstante, hay dos elementos que se dieron en relación a la contención a la Unión Soviética y que en el presente caso se encuentran ausentes: Preponderancia económica y factibilidad geopolítica. Sin estos dos elementos no hay contención que valga. El primero entraña la posibilidad de poder sobrepasar los gastos chinos, particularmente sus presupuestos militares, durante un período prolongado de tiempo. El segundo implica la posibilidad de poder constreñir a China a un papel subordinado en su propia región. Analicemos pues ambos factores.

3. Preponderancia económica

Estados Unidos no dispone de una preponderancia económica en relación a China, similar a la que disfrutó frente a la Unión Soviética. Para finales de 2021 el PIB chino, en términos absolutos, debe estar resultando equivalente al 71 por ciento del estadounidense, mientras que a comienzos de 1980 el PIB soviético no llegaba al 50 por ciento del de Estados Unidos. Sin embargo, medido en términos de Poder de Paridad de Compra, el PIB chino es de alrededor de US$25 billones (millón de millones) frente a US$20.5 billones para Estados Unidos. Se estima que en torno a 2030, el PIB chino medido en términos absolutos tomará la delantera. A partir de ese momento, las curvas desiguales de crecimiento económico de los dos países comenzarán a generar una brecha en ascenso a favor de China. De acuerdo a diversas estimaciones, para 2040 el PIB chino medido en términos absolutos deberá resultar considerablemente superior al estadounidense (Wang, 2021; Auslin, 2020, p. 26; Fogel, 2010).

Estados Unidos pudo forzar a Moscú a convertirse en una sociedad híper-militarizada con claro abandono de los demás sectores de su economía y de la satisfacción de las necesidades de su población. Al final, terminó por conducir a la bancarrota a su contrincante, al imponerle gastos militares que desbordaban su capacidad de respuesta. Ello, sin embargo, forma parte del pasado. En un futuro no distante justo lo opuesto estará ocurriendo: Estados Unidos se verá ante una cuesta muy empinada para intentar seguirle el ritmo al gasto militar de una China más prospera. Esto contradice una premisa básica: Para prevalecer en la aplicación de una política de contención hay

que encontrarse en el lado ganador de la competencia presupuestaria. De lo contrario, cualquier acción que se tome en la persecución de tal propósito podrá ser superada por la contraparte. Un buen ejemplo de ello fue dado por la Unión Soviética en 1977, cuando desplegó en Europa sus misiles intermedios SS-20. Ello trajo en respuesta el despliegue por Estados Unidos de los misiles Pershing II, los cuales tenían una precisión de tiro quince veces mayor que los SS20 (Gaddis, 2005).

4. Concomitante gasto militar

Michael Pillsbury considera que una vez que China alcance preponderancia económica, se verá forzada a proyectar su nueva jerarquía a través de una concomitante preponderancia militar. Ello se traducirá en un incremento en ascenso de su gasto en materia de defensa. De hecho, tal incremento es ya visible. Se estima que para el 2025, el presupuesto oficial del Ejército de Liberación del Pueblo (ELP) alcanzará US$585 millardos (miles de millones). Sin embargo, el presupuesto real en materia de defensa podría ser hasta un 20 por ciento superior a ese monto. En efecto, diversas partidas presupuestarias incluirían igualmente gastos vinculado al área militar. De manera no sorpresiva, en un cónclave de figuras claves del Partido Comunista Chino (PCC) celebrado en noviembre del 2020, se develaron planes en marcha para alcanzar la paridad militar con los Estados Unidos el año 2027, aniversario de la fundación del ELP. Así las cosas, Washington deberá acostumbrarse a una competencia presupuestaria creciente en materia militar, la cual a partir de cierto momento desbordará su capacidad competitiva (Shambaugh, 2020, p.348; *The Economic Times*, 2020; Pillsbury, 2015).

5. Factibilidad geopolítica

Pero aún más significativo que la desventaja económica que se avecina es la falta de factibilidad geopolítica involucrada. Esta última difiere sustancialmente de la contención aplicada a la Unión Soviética durante la primera Guerra Fría. A comienzos de los años cincuenta, Stalin comprendió que no serían posibles nuevas ganancias territoriales en Europa más allá de los límites de la Cortina de Hierro. A partir de ese momento el expansionismo soviético se mudó hacia los predios de lo que por aquel entonces se comenzó a llamar el Tercer Mundo. Es decir, un área geoestratégica de carácter periférico. Por extensión, también la contención estadounidense se mudó a la periferia. A la inversa, cuando en 1956 una rebelión popular en Hungría amenazó con echar abajo al régimen comunista títere de Budapest,

el presidente Eisenhower decidió respetar los límites de la Cortina de Hierro, absteniéndose de brindar el apoyo de su país a esa causa. Así las cosas, ambas partes comprendieron el sentido de los límites y evitaron lanzarse sobre sus respectivas áreas primarias de sensibilidad estratégica. La única excepción a esta regla se produjo en 1963, cuando Nikita Khrushchev se aventuró a colocar misiles soviéticos en Cuba, a setenta millas de territorio estadounidense. Tal acción estuvo a punto de desencadenar una guerra nuclear.

Contrariamente a la contención de la expansión soviética en el Tercer Mundo, la contención a China entrañaría la noción de constreñirla a jugar un papel secundario dentro de una región que por milenios fue tributaria de su antiguo imperio. Si ello resulta poco realista, mucho menos realista lo sería el restringir indefinidamente su ambición de incorporar Taiwán a la República Popular. Lo que aquí está involucrado es no sólo la restauración de su pasado glorioso sino la "gran unificación" de su territorio. La noción del "sueño chino de gran rejuvenecimiento nacional", narrativa que congrega y unifica a casi 1.4 millardos de chinos, es lo que se encuentra al otro lado del intento estadounidense por contener geopolíticamente a China. Como propuesta, ello no guarda proporción ni relación con lo que fue la contención del expansionismo soviético en países periféricos como Indonesia, Congo o Afganistán. Más aún, toda noción de contención a una fuerza, entraña la idea de confinarla a unos ciertos límites para evitar su expansión. Ocurre, sin embargo, que lo que China busca es precisamente lo contrario: Evitar la penetración estadounidense al interior de los límites que ella misma ha trazado.

6. Empuje hacia afuera

Hacer frente al empuje "hacia afuera" instrumentado por China no es tarea fácil. Por un lado, la distancia desde California hasta al Mar del Sur de China es de 7.400 millas, y de 7.000 a Taiwán, mientras que la de Hawái al Mar del Sur de China es de casi 6.000 millas y de alrededor de 5.300 en relación Taiwán. A la inversa, parte de las costas chinas dan al Mar del Sur de China, mientras que la distancia de Taiwán a sus costas es de sólo 90 millas (81 millas en su punto más próximo). Ello configura, en relación a Estados Unidos, lo que John Mearsheimer califica como el poder paralizante de las grandes distancias marítimas. Es decir, la distancia entre dos costas como factor disuasivo a cualquier ataque militar. Sin embargo, si ello no fuese considerado por Washington como un factor de disuasión suficiente en relación al Mar de Sur de China, el firme control de ese teatro

de operaciones por parte de China si debería serlo. Dicho control no sólo es producto de las cortas distancias desde tierra firme china, sino de su combinación con dos factores adicionales. En primer lugar, la construcción y militarización de veintisiete islas artificiales en los archipiélagos Paracel y Spratly. En segundo lugar, la concentración del grueso de la armada china en esa zona. Las construcciones y militarización realizadas en los archipiélagos citados, incluyen tres puertos militares del tamaño de Pearl-Harbor, pistas de aterrizaje aptas para bombarderos y aviones de combate e instalaciones de misiles altamente sofisticados. Estas últimas incluyen la presencia de misiles DF21/CSS-5, susceptibles de hundir portaviones a más de 1.500 millas de distancia. Por lo demás, el grueso de la armada de guerra y de la fuerza submarina de China, que hoy constituyen las mayores del mundo, se encuentra desplegado en esa región. Todo ello genera una sinergia anti acceso y de denegación de espacio mayúsculos, susceptible de ser activada en cualquier momento contra fuerzas marítimas hostiles (Auslin, 2020, p.188; Fabey, 2018; pp.228-231; Hendrix, 2018; Mearsheimer, 2001; pp.114-128).

7. Conteniendo al que contiene

Estados Unidos se encuentra particularmente mal preparado para prevalecer militarmente en un escenario de tal naturaleza. No sólo la *U.S. Navy* y la *U.S. Air Force* dejaron de trabajar conjuntamente desde el fin de la Guerra Fría, sino que ambas fuerzas han dado prioridad a las misiones de corta distancia por sobre las de larga distancia. La Fuerza Aérea cambió su énfasis desde los bombarderos estratégicos hacia los aviones de combate de corto radio de acción. La Armada, por su parte, abandonó por completo las misiones de bombardeo de larga distancia. Las campañas en Kuwait y en Kosovo, en la década de los noventa, determinaron la puesta en práctica de esta nueva política. En base a la misma, sus aviones de combate pasaron a enfatizar ataques de precisión, alto volumen de despegue y vuelos de corta distancia a partir de portaviones o pistas de aterrizaje terrestres. En adición a ello, sus aviones de combate F-22 y F-35A son por diseño aviones de corto radio de acción. Por otro lado, sus aviones *"stealth"* (sigilosos) de quinta generación, sólo pueden volar distancias largas si son aprovisionados por aviones tanqueros de alas largas. Estos últimos resultan particularmente vulnerables a la detección y destrucción. En otras palabras, cualquier intento estadounidense por desafiar el empuje "hacia fuera" chino requeriría que sus portaviones se aproximaran al objetivo, lo cual los convertiría en presa fácil de destrucción por parte de China (Hendrix, 2018).

Así las cosas, implementar una política de contención frente a la presión anti-acceso y de denegación de espacio desarrollada por Beijing es de por si un contrasentido estratégico. Sin embargo, a ello se le une la falta de capacidad estadounidense para alterar el firme control del teatro de operaciones por parte de China. Contener al que contiene no es, en efecto, tarea fácil.

8. Taiwán

Si "contener" a China en el Mar del Sur de China pareciera un propósito carente de factibilidad, mucho más lo parece en relación a Taiwán. Ello, por la naturaleza existencial que Pekín le asigna al propósito de reunificación con esa isla. Para la República Popular China ello entrañaría una restitución histórica y un acto de afirmación soberana y, en ningún caso, una manifestación de expansionismo. Se trataría del último cabo por atar resultante del "siglo de humillación" sufrido ente 1842 y 1945. Para materializar lo que considera como su derecho natural sobre esa isla, el régimen comunista estaría dispuesto a asumir cualquier costo, por elevado que este fuese.

En su discurso conmemorativo del centenario del Partido Comunista Chino, llevado a cabo en la plaza Tiananmen en junio del 2021, Xi Jinping manifestó el propósito de aplastar cualquier intento por obstruir la unificación de Taiwán con el territorio continental chino. En el "Papel Blanco de Defensa" (documento estratégico de defensa) del año 2015, la unificación con dicha isla aparece como la principal prioridad asignada al Ejército de Liberación del Pueblo. Así las cosas, Pekín y Washington mantienen intereses asimétricos en relación a Taiwán. Para el primero, la isla es parte integral de su territorio y la unificación con ella se encuentra enraizada a valores inmanentes. Para Washington, en cambio, sólo su reputación estaría involucrada. Es decir, mantener su prestigio como superpotencia. Lo que está en juego para ambas partes se movería así a niveles completamente distintos. Una nación estaría dispuesta a sacrificar hasta el último de sus combatientes por preservar lo que percibe como su soberanía nacional y su integridad territorial, hacerlo por salvaguardar la reputación resultaría en cambio irracional.

A esos intereses asimétricos se le une el hecho de que Estados Unidos no se opone a la política de Una Sola China. El comunicado conjunto suscrito en 1972 entre Pekín y Washington rezaba textualmente: "Estados Unidos reconoce que todos los chinos a ambos lados del Estrecho de Taiwán son parte de una sola China y que Taiwán es parte de China. Los

Estados Unidos no disputan esa posición". De hecho, hasta que en 1895 Japón se apropió de Taiwán, dicha isla correspondía al Imperio Chino. Tan clara parecía ser esa situación que luego de derrotar al Japón, Washington no dudó en devolver la isla de Formosa, como se la conocía entonces, al Estado chino. El hecho de que fuese el régimen Nacionalista y no el Comunista quien detentase el poder en ese momento, no altera naturaleza de los títulos reconocidos por Estados Unidos. ¿Qué sentido tendría entonces para Washington ir a una guerra con la República Popular China, cuando no le asigna una identidad diferenciada y soberana a Taiwán? (Mahbubani, 2020, p.20; Ross, 2009, p.160).

9. Hacia el fin de la ambigüedad estratégica

Hasta el presente los Estados Unidos han mantenido una política de ambigüedad estratégica en relación a Taiwán. De acuerdo a la misma, ha existido una postura de vaguedad deliberada con respecto a su disposición a defender a la isla en caso de ser atacada por el régimen de Pekín. Sin embargo, un cambio de posición pareciera estar cobrando fuerza. El mismo comenzó con la administración Trump, la cual levantó la prohibición existente a los contactos de alto nivel entre los gobiernos de Estados Unidos y Taiwán al tiempo que incrementó la venta de armas a la isla. Por su parte, en 2019 la Cámara de Representantes pasó de manera unánime el Proyecto de Ley de Garantías a Taiwán. De acuerdo a este, el gobierno de los Estados Unidos tiene la obligación promover activamente la participación de Taiwán en los organismos internacionales. Si bien dicho Proyecto de Ley se encuentra aún pendiente de aprobación por el Senado, el mismo representa un paso importante a favor del reconocimiento de status de Estado a dicha isla. En esa misma dirección, el Secretario de Estado del gobierno Biden, Anthony Blinken, hizo un llamado a los países miembros de la ONU a dar un "robusto soporte" a la participación de Taiwán en el Sistema de las Naciones Unidas y en sus agencias especializadas. Más aún, Biden, quien fue el primer Presidente estadounidense desde 1978 en invitar a una representación oficial de Taiwán a su toma de posesión, declaró en octubre de 2021 que el apoyo de su país a la isla resultaba "sólido como una roca". En la misma ocasión, y ante la pregunta de si su país defendería a la isla en caso de ser atacada por la República Popular China, respondió con un claro sí. En adición a lo anterior, fuerzas militares estadounidense se encuentran actualmente entrenando a las Fuerzas Armadas taiwanesas (Liu, 2021; Auslin, 2020 [Prólogo por N. Ferguson]).

10. Perder la reputación por buscar salvarla

Si la ambigüedad estratégica fuese en efecto abandonada, en favor de una postura de claro apoyo a Taiwán, las posibilidades de Estados Unidos de verse involucrado en una guerra con la República Popular aumentarían de manera notoria. Especialmente, porque las fuerzas del nacionalismo chino se han ido también endureciendo. En los actuales momentos, un 70 por ciento de los habitantes de la República Popular favorecen el uso de la fuerza, si ella llegase a resultar necesaria para materializar la unificación con Taiwán. El abandono de la política de ambigüedad por parte de Washington podría poner en movimiento una peligrosa espiral. En función de la misma, Taiwán se volvería más audaz en sus aspiraciones independentistas, lo que a su vez incrementaría fuertemente la agresividad de Pekín, obligando a los Estados Unidos a plantarse firme en su defensa a la isla. Para este último, una guerra por Taiwán resultaría a todas luces indeseable: Recientes juegos de guerra conducidos por el Pentágono y la corporación Rand mostraron que tal guerra conduciría a una derrota estadounidense, con la República Popular China completando una invasión victoriosa de la isla en días o a más tardar semanas. No en balde, Chas Freeman ha advertido que una continuación del compromiso de Estados Unidos hacia Taiwán resulta incompatible con el poder menguante de Estados Unidos en la región y con la prioridad que un Pekín cada vez más fuerte le asigna al tema. En términos similares, John Mearsheimer argumenta que el ascenso de la República Popular China al rango de superpotencia hace que el compromiso de Estados Unidos hacia la seguridad de Taiwán se haga crecientemente insostenible (Ping-Kuei, Kastner & Reed, 2017; Skylar, 2021).

Bajo tales condiciones, una política de contención a Pekín que incluyese a Taiwán resultaría no sólo una opción de alto riesgo bélico, sino que a la vez acarrearía una elevada posibilidad de fracaso militar para Estados Unidos. De tal forma, una política cuya única razón de ser es la de preservar la reputación como superpotencia de este país, arriesgaría a que, por vía de una derrota militar, se arruinara de manera contundente tal reputación. El ejemplo de la guerra ruso-japonesa de 1904-1905 viene inevitablemente a la mente. La derrota inesperada de Rusia en ese conflicto, golpeó seriamente su prestigio como gran potencia, elevando exponencialmente el de Japón. Una derrota militar estadounidense a manos de la República Popular China haría palidecer por comparación la erosión de credibilidad sufrida por Rusia y pondría en marcha el rápido declive del prestigio internacional de los Estados Unidos.

11. A modo de conclusión

Estados Unidos ha asumido la contención a China como elemento principal de su política exterior hacia ese país. Dos elementos básicos parecieran hacer de este, sin embargo, un propósito poco realista. De un lado, ello tiene lugar en momentos en que la fortaleza económica estadounidense resulta declinante y China se apresta a asumir la condición de potencia económica predominante. Ello contraviene la enseñanza esencial de la contención a la Unión Soviética durante la Guerra Fría: Para resultar exitoso en un proceso de esta naturaleza es necesario encontrarse en el lado ganador de la competencia presupuestaria. De otro lado, el componente geopolítico fundamental de dicha contención tiene lugar en un área sobre la cual China no sólo ejerce el control operacional, sino que resulta estratégicamente prioritaria para Pekín. Un área que fue tributaria de su Imperio durante milenios y que, a la vez, incluye a Taiwán. Ello contraviene también la experiencia de la contención a la Unión Soviética la cual, a partir de comienzos de los años cincuenta, pasó a focalizarse en áreas geopolíticas periféricas. El potencial de fracaso de una estrategia de contención a China planteada en estos términos es elevado, pudiendo acarrear un alto costo en credibilidad y prestigio para Estados Unidos.

Referencias

Auslin, M.R. (2020). *Asia's New Geopolitics: Essays on Reshaping the Indo-Pacific*. Stanford: Hoover Institution Press.

Campbell, K.M. and Sullivan, J. (2019). Competition Without Catastrophe: How America Can Both Challenge and Coexist with China. *Foreign Affairs*, September/October.

Fabey, M. (2018). *Crashback: The power clash between the U.S. and China in the Pacific*. New York: Scribner.

Fogel, R. (2010). $123,000,000,000,000: China estimated economy by the year 2040. Be warned. *Foreign Policy*, January 4.

Gaddis, J. L. (2005). *The Cold War: A New History*. New York: The Penguin Press, capítulo 4.

Hendrix, J. (2018). Filling the Seams in U.S. Long-Range Penetrating Strike. *Center for a New American Security*, September 10.

Herring, G. C. (2008). *From Colony to Superpower: U.S. Foreign Relations since 1776.* Oxford: Oxford University Press.

Liu, D. (2021). *With heightened rhetoric, is the US moving away from 'strategic ambiguity' on Taiwan.* France 24, October 30. Recuperado de: https://www.france24.com/en/asia-pacific/20211030-with-heightened-rhetoric-is-us-moving-away-from-strategic-ambiguity-on-taiwan.

Mahbubani, K. (2020). *Has China Won? The Chinese Challenge to American Primacy.* New York: Public Affairs.

Mearsheimer, J. (2001). *The Tragedy of Great Power Politics*. New York: W.W. Norton & Company.

Pillsbury, M. (2015). *The Hundred Year Marathon: China's Secret Strategy to Replace America as the Global Superpower*. New York: Henry Holt and Company, capítulo 9.

Ping-Kuei, C., Kastner, S.L. and Reed, W. L. (2017). A Farewell to Arms? US Security Relations with Taiwan and the Prospects for Stability in the Taiwan Strait. In Lowell, D. (Editor). *Taiwan and China: Fitful Embrace.* Oakland: University of California Press.

Ross, R. S. (2009). *Chinese Security Policy: Structure, Power and Politics*. London: Routledge.

Saull, R. (2018). American foreign policy during the Cold War. In Cox, M. and Stokes D. *US Foreign Policy.* Oxford: Oxford University Press.

Shambaugh, D. (2020). China and the World: Future Changes. In Shambaugh, D., Editor, *China and the World*. Oxford: Oxford University Press.

Skylar M., O. (2021). The Taiwan Temptation: Why Beijing Might Resort to Force. *Foreign Affairs*, July/August.

The Economic Times (2020). Chinese Communist Party unveils plan to make PLA on par with US military by 2027. November 1.

Wang, J. (2021). The Plot against China? How Beijing sees the new Washington Consensus. *Foreign Affairs*, 100 (4), July/August.